

Monteroi 12 3

PEDRO ROIG,  
SUSCRIPCIONES  
Y LIBROS  
Cecilia 3.  
BARCELONA.

# HISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

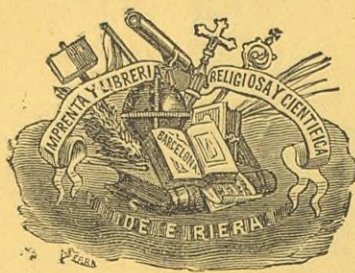
Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
calle de Robador, núm 24 y 26.  
1876.

Cuaderno 23.

L47  
1876



Historia de las perse-  
cuciones sufridas por la  
Iglesia Católica = E. M.  
Villaverde y J. J. Gatell =  
1876 <sup>transl.<sup>o</sup></sup> Cuadernos 11 a 31 (pá-  
gs 18 a 59)

Legorra (S. Angel Maria)

El quinto, zarzuela en un  
acto y en verso; música del  
Maestro Scarlatti.

Madrid: G. Alhambra: 1877.

1 folio 8<sup>o</sup> mag. sup.<sup>o</sup>

36-

~~48-2~~

No solo gozaba de tranquilidad Antioquía, sino que las Iglesias vecinas enviaban allí piadosas embajadas, diáconos, presbíteros, obispos, para que dirigiesen á Dios el himno de gratitud.

Al tener noticia de este acontecimiento, quiso asociarse al júbilo comun. «Escoged un diácono, escribia á los de Filadelfia, que vaya á regocijarse con ellos y á glorificar el nombre del Señor.»

No contento con participar su satisfacion á los de Filadelfia, escribia á Esmirna: «Nombrad un sagrado representante y felicitad á aquella Iglesia, á la cual la providencia de Dios y vuestras oraciones han conducido al puerto.»



TITO.

Su viaje era un triunfo. Al lado de semejantes satisfacciones ¿qué importaban los malos tratamientos de *los diez leopardos que le acompañaban* (1) y á los que no alcanzaba aplacar la liberalidad de los fieles? Prueba era esta que él la queria, porque se gozaba en estos sufrimientos por JESUCRISTO. En cambio, á cada paso encuentra hijos que le piden su bendicion, discipulos que le estrechan en sus brazos, amigos que riegan su rostro con sus lágrimas, obispos que besan sus cadenas, Iglesias enteras que corren á saludarle á su paso.

Ignacio camina á la muerte fuertemente atado como un criminal, oprimido por el peso de las cadenas como un gran delincuente, conducido por soldados que se complacen en turbar el sueño de sus noches (2), y no obstante, una palabra suya conmueve el mundo, al levantar su mano para bendecir caen ante él de rodillas millares de personas. Lleva consigo un cortejo de confesores. Rheus Agathópodes, con peligro de su existencia, viene siguiéndole desde Antioquía; Filon, diácono de Silicia, al verle ha sentido un encanto tal, que, sin saber como, se ha unido á la persona del santo Obispo sin saber separarse de él; Éfeso y Esmirna han

(1) Act. S. Ignat.  
(2) Ignat, ad Rom., 5.

delegado al diácono Burrhus para que forme parte de su comitiva y le sirva de secretario. La escolta de honor de este hombre condenado á muerte aumenta á cada etapa de su viaje.

De Troade fue conducido á Nicópolis por Filipos. Siguiendo la via Egnacia, atravesó la Macedonia y la parte del Epiro, en que está situado Epidamó (Dyrrachium). Allí, habiendo dado con un navío, se le hizo atravesar el Adriático, y entró, despues de costear la Sicilia, en el mar Tirreno. Se le mostró Puzol. Hubiera querido desembarcar allí para seguir las huellas de san Pablo; mas fue imposible á causa del vendaval que azotaba el buque. Ignacio se limitó á saludar afectuosamente aquella poblacion, encareciendo la caridad de los hermanos que la habitaban.

«Entonces, continuan diciendo sus compañeros, en un dia y una noche un viento favorable nos condujo al término donde llegamos, nosotros llenos de dolor ante la idea de que habíamos de separarnos de aquel santo varon, pero él gozoso de llegar al colmo de sus deseos. Abordamos á un lugar llamado Portus, hoy Porto-Romano, junto á Ostia (1).»

Iban á terminar las vergonzosas saturnales. Los soldados que le acompañaban traian prisa para llegar á tiempo. El santo Obispo les obedecia como un cordero.

Ya estaban en la ciudad-reina, en aquel centro de la actividad y de la riqueza, en aquel emporio del lujo. Para Ignacio Roma no era mas que el lugar de su ejecucion. Esto mismo hacia que la gran capital le apareciese mas bella; el sitio de su ejecucion era para él el pedestal para subir á la gloria.

Entre los cristianos no se hablaba en Roma de nada mas que de la llegada del santo Mártir. Apresuráronse á salir á recibirle poseidos de sentimientos encontrados de temor y de alegría; satisfechos por lograr la dicha de ver al grande Ignacio de Antioquia, pero abatidos ante la idea de la muerte que al Santo le aguardaba.

No faltaron caracteres ardientes, animados de un celo extraordinario; hombres de accion, que trataban nada menos que de sublevar á aquellas masas en favor del ilustre Obispo, que solo al verle, con su dulzura, con su mansedumbre no podia menos de inspirar la mayor simpatía. Ignacio les calmó.

Á larga distancia oíase el ruido de las masas reunidas en el anfiteatro, que rugian como las olas de un mar embravecido. Aquella repugnante gritería era el prólogo de la ejecucion. Solo el virtuoso Obispo conservaba bastante sangre fria para exclamar al oír el ruido de aquel pueblo que aullaba como una fiera esperando á su víctima: «No temo los bramidos de ese siniestro mar. La nave que soy yo no se hundirá en los abismos; esto no es mas que el viento que la empuja para que llegue antes á puerto.»

Despues de saludar afectuosamente á todos, insistió en su acostumbrada súplica de que le amasen, no de palabra, sino de verdad, y que si le amaban, no pusiesen obstáculo en que él pudiese volar á su Dios. Al oírle hablar del cielo, como impulsados por una fuerza superior, aquellas masas cayeron de rodillas, y entre un silencio el mas solemne y el mas conmovedor, de aquellos labios que tan pronto habian de desgarrar las fieras salió una sublime plegaria en favor de la Iglesia para que cediese la persecucion y para que todos los fieles se profesasen amor sincero.

Desde allí se le condujo al anfiteatro.

## V.

### El Coliseo.

Vamos á describir este sitio que tanto figura en la historia de las persecuciones.

La *Domus aurea* de Neron era demasiado insultante para que sus sucesores no trataran de deshacer aquel escenario donde se ponía en espectáculo la soberbia humana en toda su desnudez. Los jardines de áquel alcázar del orgullo del hombre que se proclamaba Dios; aquellos

(1) *Act. S. Ignat.*, 4, 5.

jardines por donde Neron se paseaba vestido de púrpura, coronado de laurel, la cítara en las manos, con las mas fieras pasiones sosteniendo eterna lucha en el corazon, fueron concedidos al pueblo. En odio al hijo de Agripina, la familia de Vespasiano soterró la *Domus aurea* (casa de oro); y el ancho valle donde se estendia el estanque de aquellos jardines, llamado mar por Suetonio, fue consagrado al deleite de la multitud, levantándose en él un anfiteatro de piedra :

*Hic ubi conspicui venerabilis amphiteatro  
Erigitur moles, stagna Neronis erant.*

No pudo borrarse el nombre del coloso, de la apolina estatua de Neron, y por esto se le llamó Coloseo ó Coliseo.

¡Cuánta grandiosidad! Hasta sin quererlo se vienen á la pluma los nunca olvidados versos de Marcial :

*Barbara Pyramidum sileant miracula Memphis  
.....  
Omnis Cesareo sedat labor Amphiteatro.*

La antigüedad no habia conocido una obra como aquella, ni han realizado otra igual las edades posteriores.

Hay momentos en que uno se figura que tanta grandeza no puede ser obra del hombre.

Como en todos los monumentos de aquella época, no se ve allí el arte en su unidad con sus delicadezas, no se ve allí lo poético, lo sentimental, lo que habla al alma ó al corazon. Egipto en sus épocas de prosperidad levantó sus pirámides, Babilonia en sus dias de gloria construyó sus murallas, Roma edificó su anfiteatro en donde las colosales proporciones, la sorprendente grandiosidad lo absorbe todo.

Es cierto que hoy es en parte una ruina; pero ruina que guarda al través de los siglos todos los caracteres de su primitiva construccion.

El teatro y las representaciones escénicas no satisfacian el gusto de los romanos amantes de emociones violentas.

En medio de una pieza teatral en que lucian su ingenio poetas eminentes, la turba magna de espectadores

*Quod numero plures, virtute et honore minores  
Indocti, stolidique et depugnare parati,*

con gritos estrepitosos impedian que se oyese el animado diálogo, que pudiese seguirse la trama de lo que se representaba, y se concluia por pedir con numerosa algazara luchas de fieras ó escenas de pugilato.

Para el romano, el teatro que le gustaba, que él favorecia, era la arena que luego podia contemplar roja de sangre; sus dramas eran la lucha de hombres ó de fieras, sus cómicos los gladiadores ó los bestiarios (1). Allí aquel pueblo de bárbaros instintos se entusiasmaba, llegaba á enloquecerse por dos cosas: por la habilidad en saber matar y por la gracia en saber morir. Era un arte feroz en que el pueblo romano se gloriaba de tener un admirable criterio. Se seguia con tal ansiedad el espectáculo, tal interés se tomaba en sus detalles, guardaba aquel pueblo un silencio tan profundo, que llegaba á percibirse perfectamente el crugir de la carne que destroza la espada, el aliento mismo del que sucumbia en la lucha. Aquel pueblo que desdeña juzgar un cuadro dramático, juzga una agonía; adivina de antemano el golpe que ha de ser mortal y lo aplaude antes de que hiera; ahoga con un inmenso silbido á la víctima que da muestras de ceder al sufrimiento ó que cae en una posicion poco estudiada.

(1) Dábase este nombre en Roma á los que se batian con las bestias feroces, fuese por sentencia judicial ó por hacer ostentacion de sus fuerzas, de su agilidad, ó de su astucia.

El teatro romano en aquella época ya no podía ser una escuela de costumbres.

Roma habia descendido de las regiones de lo ideal; los horizontes en donde se alimenta la fantasía para Roma no guardaban el menor encanto. Por esto la concepcion dramática, la fábula poética no ejercian para el romano ningun atractivo. Cuando lo ideal desaparece, el hombre, abrumado por el peso del realismo, se confunde con el bruto ó con la fiera, y en vez de espectáculos que hablen al alma, se buscan, si el hombre ha descendido al nivel del bruto, esos espectáculos eróticos, esos cuadros de repugnante sensualismo, de monstruosa relajacion en que la materia se agita sola prevaliéndose del letargo del espíritu; si el hombre ha bajado al nivel de la fiera, entonces en vez de las grandes creaciones del alma, se complace, se embriaga en espectáculos de una realidad sangrienta; lo mismo que la fiera, solo piensa en matar ó en morir, entonces el hombre se deja deslumbrar por el carmin de la sangre, se calienta con sus hervores, se deleita con voluptuoso placer en respirar aquella atmósfera de horror y de muerte.

Hé aquí lo que pasaba en Roma en la época á que nos referimos. Para los romanos era insulsa la ficcion dramática en que un actor cae ensangrentado en un escenario para aparecer sano y salvo despues de la representacion; era una pantomima ridícula la del puñal que el espectador sabe no ha de clavarse en el pecho. Roma queria sangre verdadera, espadas que hiriesen, actores que muriesen ó que matasen.

Y de esto se hacia un arte. Cuando no se acertaba á saber matar era preciso al menos saber morir, y saber morir sin afectar sufrimiento. Una manifestacion de debilidad, una lágrima era recibida con un silbido general por aquel público que aplaudia frenético el golpe mortal dado magistralmente ó la caída á gusto de los espectadores. El romano desdeñaba la emocion de un drama que desaparece pronto; aquel pueblo de vagos, aquella plebe que no trabajaba, aquella multitud que no pensaba, que se ocupaba tan solo en respirar la atmósfera vertiginosa de aquella ciudad ó ir á perderse despues en un bosque de laureles y de estatuas, exigia espectáculos que le impresionasen, no con una impresion fugaz, sino con una impresion duradera. Allí lo estético, lo sublime no se concebía; allí no pudo haber mas que un espantoso realismo.

Para aquel pueblo de desocupados las diversiones del Coliseo eran una medida política. Distráidos en presenciar aquellas luchas, ya no pensaban en escoger un Bruto que matase al César.

Por lo mismo que el Coliseo era el palacio del pueblo, allí hacia uso de su soberanía, decretando á su sabor la vida ó la muerte, lo mismo que la decretaba el Príncipe desde su trono. Allí el vencedor, oprimiendo con su pié el cuello de la víctima, aguarda con indiferencia la resolucion popular, mientras que el infeliz que besa el polvo compone sus miembros para que su último suspiro se pierda entre el estrépito de un aplauso.

Veíase en el Coliseo á la vestal, al tipo mas perfecto de la santidad pagana, á la personificacion de lo mas puro y mas espiritualista que allí pudiera concebirse; veíase en el anfiteatro á aquellas vírgenes de actitud modesta, de mirada dulce, cuyo casual encuentro en una calle bastaba para salvar la vida á un reo condenado á la última pena, cómo cubiertas con su majestuoso traje de sacerdotisas, se levantaban entusiasmadas ante una herida grave dada con acierto, cómo con su irritacion producian en el público una tempestad si el vencido tenia la debilidad de pedir misericordia, cómo contaban por sí mismas las heridas, cómo mandaban volver á clavar la espada, cómo doblando el dedo daban la señal de muerte á todo trance.

Tito, al contemplar el estrago de Jerusalem, al anegarse en aquel torrente de sangre, al oír los gemidos de aquellos millares de víctimas, exclamaba: «Si los habitantes de la ciudad viesan esto, ¡qué espectáculo tan sublime para Roma!»

Entonces concibió el proyecto del anfiteatro.

Tito, despues de haberse oído llamar Mesías por las víctimas que él sacrificaba, despues de verse constituido en dios por los egipcios, despues de haberse formado una corte de sátrapas en Oriente y pasado un dia entero en Roma entre las aclamaciones del triunfador, Tito,



á quien la adulacion llamaba *Delicias del género humano*, hizo desecar el estanque que se extendia entre el monte Celio y el monte Esquilino, arrasó los bosques y praderas que convertian aquel sitio en voluptuoso jardin y mandó levantar el Coliseo, cuya inauguracion se celebró con cien dias de fiesta, que fueron cien dias de locura, en que hubo luchas de gamos, de elefantes, de tigres, de leones, de hombres. En aquellos espectáculos murieron nueve mil alimañas. «La historia, que ha conservado el número de fieras muertas, dice un escritor racionalista, no ha conservado el número de personas; sin duda, porque á los césares les interesaban menos los esclavos que las bestias.»

Sucede con el Coliseo lo que sucede con todas las obras colosales que personifican un período histórico. Así como no puede precisarse el arquitecto que ideó las pirámides de Egipto, ni el que trazó los planos de la Alhambra, ni tampoco el escritor que redactó el admirable libro de *Imitatione Christi*, tampoco puede precisarse el artista que concibió el plan del anfiteatro. Es que las pirámides con sus proporciones grandiosas, con sus formas en donde la majestad entra por todo y el arte por muy poco, no son la obra de un hombre sino la de una civilizacion; son la obra de un pueblo grande, robusto, pero no artista. La Alhambra, con sus toques delicados, con sus bellas combinaciones, con sus graciosos detalles es la obra, no de un hombre, sino de la civilizacion árabe en los dias de su esplendor. El libro de la *Imitacion de Cristo* tampoco es el trabajo de un hombre, sino que es la expresion de la sublime piedad del período de la Edad media. El imperio romano, aquel admirable coloso habia de producir su obra, y edificó el Coliseo. Para trabajos de esta clase no hay que buscar al arquitecto; el verdadero artista es la época. Los planos existen ya; solo falta que un artista sea el que les dé la expresion exterior. Por esto el nombre de este último desaparece ante el verdadero autor, que es una civilizacion, una época, las necesidades características de un período histórico.

Aquel pueblo titánico que contaba ejércitos de esclavos que preferian cargar un peso enorme sobre sus robustas espaldas que percibir en sus rostros el látigo que los azotaba, habia de aprovecharse de aquellas legiones de infelices dispuestos á subir inmensas moles á vertiginosas alturas.

Los héroes, las ninfas, los emperadores, tenian sus templos; Roma aun no los tenia. El anfiteatro es el templo de la Roma pagana. Aquella arena empapada en la sangre es un pavés digno de aquella divinidad vengativa, que sacrificaba hombres y pueblos con la mayor indiferencia; aquel vapor de sangre era el incienso mas adecuado al culto de semejante divinidad; aquellos gritos de ira, de venganza, con que atronaban los aires los gladiadores, mezclados con los aullidos de las fieras ó con las escitaciones de la plebe, eran las únicas armonías que debian resonar en aquel templo.

Aquel gigante de piedra permanece en pié todavía como diciendo á las generaciones: «Esta fue la pagana Roma.» El templo permanece; no ha sucedido sino que los siglos han marcado sus huellas sobre las espaldas de la vergonzosa divinidad; y que la modesta cruz que figura en su centro, está manifestando á las generaciones con sublime elocuencia como la civilizacion de la paz, de la mansedumbre, de la humildad y de la caridad, se ha superpuesto á la civilizacion del orgullo y de la fuerza bruta.

Podemos decir que el Coliseo fue la última obra de la Roma pagana. Era una corona digna de aquella civilizacion. Al verlo el espectador concibe alguna idea de la torre de Babel; solo que si la torre de Babel se hizo para escalar al cielo, el Coliseo se hizo para adherirse mas á la tierra, al lodo; y así como á la construccion de la torre de Babel hubo de sobrevenir la confusion de lenguas y la dispersion de pueblos, poco despues de la construccion del Coliseo hubo de sobrevenir tambien en Roma algo parecido á la confusion de lenguas, pues en los dias de decadencia no encontramos allí sino partidos, bandos, agrupaciones que se dividen y se subdividen, hasta que acaban por no entenderse; confusion de lenguas que no fue mas que el prólogo de la dispersion de aquel pueblo que en su soberbia llegaba á creer sus destinos inmortales.

Tito, despues de haber incendiado á Jerusalem, despues de haber inmolado un millon y medio de judíos, sirviéndole de altar aquellas piedras calcinadas, despues de destinar á muchos de ellos á degollarse entre sí como gladiadores en las ciudades de Siria, los restantes que entraron en Roma atados á su carro de triunfador, los destinó á levantar sobre sus espaldas amoratadas por el látigo las pesadas piedras de aquel colosal edificio.

JESUCRISTO con su palabra profética, llorando junto á las murallas de Jerusalem, habia anunciado la desolacion de aquella ciudad, las ruinas de aquel templo, la dispersion de aquel pueblo. De las ruinas del templo quedan como testigo sus escombros; de la dispersion del pueblo judío queda como testigo el anfiteatro.

El Coliseo parece una montaña de piedra, pero de formas perfectamente regulares, esculpidas por el esfuerzo gigantesco de una generacion atlética.

Su circunferencia pasa de quinientos metros, midiendo mas de ciento ochenta el diámetro largo y ciento cincuenta el trasversal, y escediendo de ciento ochenta piés su altura. En su interior, el sitio llamado *La Arena*, mide una circunferencia de mas de setecientos piés con doscientos setenta de longitud y ciento sesenta y cinco de anchura.

Está colocado en la confluencia de los tres célebres montes Palatino, Celio y Esquilino, y afluan allí las tres vias principales, la Suburra, la Sacra y la Triunfal.

Como en el panteon estaban reunidos todos los dioses, en el Coliseo se encuentran reunidos tambien todos los órdenes de arquitectura. La gran elipse rodeada de dos anchos vestibulos, ostenta cuatro órdenes de arcos, columnas y pilares sobrepuestos donde se admiran los tres géneros, el dórico en la base, el jónico en el medio y el corintio constituyendo el remate, adornando los lados de las doscientas ventanas ricas estatuas y preciosos medallones.

En la primera linea estaba el *podium*, grandioso palco formado de las piedras de mas precio. Allí se colocaban los pretores, los cónsules, las vestales; sobre el *podium*, al lado de Oriente, figuraban los sitios destinados al Emperador y su familia. Habia en la parte superior tres órdenes de gradas (*præcinctiones*), de veinte y cuatro, diez y seis y diez filas respectivamente; y en la parte mas elevada se estendia alrededor un pórtico sostenido por columnas, cubierto de preciosos mármoles. Habia gran número de puertas llamadas *consistorias*, á fin de proporcionar fácil y casi inmediata salida á aquellas compactas masas de gente, que concluido el espectáculo, impelidas por la escitacion propia de escenas semejantes, se lanzaban en tropel fuera de la plaza para comunicarse el efecto que la funcion les habia producido.

¿Estuvo satisfecho Tito de su obra? La historia nos dice que no. Aquella gran mole de piedra aparecía ante él como una vision sombría, como un fantasma que le espantaba: sobre la conciencia del culpable amante de Berenice, hermana del rey judío Agrippa, del que hizo asesinar en su mesa á Cecina, acusado de conspirador, el anfiteatro con su aspecto grandioso pero sombrío á la vez pesaba sobre su conciencia como un inmenso remordimiento. Se le veia triste, melancólico, cargado el corazon de secretas pesadumbres que él mismo no acertaba á explicarse en medio de una aparente felicidad. Hallábasele taciturno en medio de los mismos placeres. Sus sueños eran una constante pesadilla; hasta de dia, en medio de sus ocupaciones, aparecian ante su imaginacion calenturientas nubes de espectros que le amenazaban. Un dia, como huyendo de aquel anfiteatro, fue á la Sabina para ver si encontraba la calma tan indispensable á su existencia. Pero fue en vano; mientras andaba errante por la campiña de Roma, la fiebre le tendió en el suelo y murió allí descompuesto el cuerpo por el hervor de la calentura, destrozada el alma por los fantasmas que le aterraban.

El Coliseo es, segun la frase de san Juan Crisóstomo, el gran semillero de los cristianos. Aquel fue el teatro de la solemne lucha entre el paganismo, que se gozaba en la plenitud de su poder, de su influjo y de sus riquezas; que lo tenia todo á su disposicion, príncipes, guerreros, oradores, pueblo; y el Cristianismo, que habia nacido humilde, desdeñado, casi desconocido en un miserable rincon de la Judea. La debilidad triunfó de la fuerza; la constancia

de las víctimas acabó por vencer la ferocidad de los verdugos. El Coliseo, que es una vergüenza para los idólatras; es un trofeo de victoria para los cristianos.

Contemplemos en la persona del obispo de Antioquía otra de las escenas que allí tuvieron lugar en la época de las persecuciones.

## VI.

### Ignacio echado á las fieras.

Roma, que no cuidaba poco ni mucho de instruir ni de mejorar al pueblo, tenía interés especial en corromperlo. Es la conducta que se suele observar en un régimen tiránico. Hacer perder al pueblo su sentimiento de dignidad, sumergir al alma en el fango del materialismo: entonces el pueblo ya no es menester esclavizarle, porque degradándole de esta suerte es esclavo por su propia condicion. Hé aquí por que Roma, que admitía al pueblo á sus circos, no le admitía á sus escuelas. Hé aquí por que á aquel pueblo al que no se le proporcionaban nunca enseñanzas provechosas, hasta se le prodigaban los juegos públicos, las ferias, las fiestas, que se dilataban en ciertas ocasiones, no solo semanas enteras, sino aun meses.

En aquellas fiestas nada había que elevase al alma ni al corazón del pueblo, nada que le hiciese experimentar los beneficios de una libertad justa y conveniente; todo se reducía á quitar por algunos días el bozal á la fiera, ño para que adquiriese el sentimiento de la dignidad, sino para que realizase la satisfaccion de sensuales instintos.

Entre la multitud de fiestas que se celebraban en Roma, las que obtuvieron celebridad mayor fueron las llamadas *Saturnales*.

La antigüedad de las Saturnales parece que se eleva al tiempo del rey Tulio Hostilio, que las autorizó en conmemoracion de la victoria que sobre los sabinos obtuvieron los romanos.

En un principio no duraban mas que un día; pero ya Augusto añadió dos mas, y siendo continuacion de estas fiestas los juegos Sigilarios, Roma tenía de esta suerte siete días en que se daba el espectáculo del libertinaje mas escandaloso.

Durante aquel período, Roma estaba convertida en teatro de desenfreno, en que todos eran actores y espectadores á la vez, escepto unos pocos de la clase elevada, que se alejaban de la ciudad, no tanto por la repugnancia natural que sentían á las espansiones del pueblo, como porque siendo autorizada costumbre el que mientras duraban semejantes fiestas los esclavos no solo se desentendiesen de los mandatos de sus amos, sino que hasta se hallasen en el derecho de hacerse servir por estos, trataban de evitar la natural molestia, cuando no irresistible repulsion, que semejantes libertades habían de producirles.

En aquel período no había ley, no había autoridad; el último hombre de la plebe podía insultar y hasta maltratar á la persona mas encopetada; los tribunales permanecían cerrados y no se ejecutaba ninguna sentencia de pena capital. Roma en aquellos días se entregaba á la licencia mas completa. Cada funcion, cada acto terminaba con una bacanal.

En el período de las Saturnales las calles se llenaban de gente, que formando grupos iban recorriendo la ciudad con gestos los mas indecorosos ó insultantes, y gritando de una manera la mas estrepitosa.

Las casas de los ricos y de los patricios permanecían cerradas; en cambio las popinas (1) engullían hombres y mas hombres que salían luego en tropel á fin de dejar el lugar libre para otros.

Entre los vapores del vino, percibíase por todas partes pronunciado por bocas roncadas tanto vociferar, el grito atronador de *IO Saturnalia*, que repetían á coro millares de voces. Niños disfrazados de dioses; máscaras ridículas, faunos, sátiros y bacantes iban dando brincos y haciendo los mas extraños visajes.

(1) Hosterías ó tabernas.

De esta suerte se habian pasado las Saturnales, tras de las que siguieron los juegos Sigi-larios. Cuando llegó el 20 de diciembre, destinado á festejar los días de Trajano, Roma se sentia ya harta de fiestas. Tanto ir y venir, tanta gritería, tantas bacanales, acababan por producir un vértigo general.

Los placeres producen su fatiga aun mas que el trabajo mismo. Cuando son ya no solo largas horas, sino largos días y hasta semanas enteras las que se destinan á la disipacion, como en estas recreaciones violentas el hombre se halla fuera de su centro, se necesita para mantener semejante actividad un esfuerzo superior que, si no se percibe en las horas en que el hombre se halla arrastrado por el torbellino que todo lo envuelve, llega el instante en que el cerebro se siente sofocado por la embriaguez, en que se experimenta en el corazon el hastío, esto aun prescindiendo de ese otro malestar que se siente, pero que no se explica y que consiste en el aletargamiento total del alma.

Este cansancio, este hastío, lo sentia Roma al llegar la fiesta del Emperador. Por fortuna, se le prometió para aquella solemnidad un espectáculo original, de una novedad que á Roma no podia menos de interesarle.

Este espectáculo debia tener lugar en el Coliseo.

Durante aquellos días, el pueblo habia asistido á la Naumaquia, combate naval que se daba en lagos hechos de intento, y en el que se veían con aplauso de Roma, no solo bajeles echados á pique, sino hombres heridos y hasta ahogados; se habia gozado en las carreras de *carros*, en que multitud de estos, teniendo la forma de una concha montada sobre dos ruedas, con un timon muy corto, al que iban uncidos tres y cuatro caballos de frente, tenían que recorrer siete veces la carrera señalada, debiendo los carros dar doce vueltas alrededor de una columna de término, ejercicio sumamente peligroso por estar *Taraxipo* en el limite como genio turbador de los caballos que, desconociendo la voz y la mano de sus conductores, volcaban los carros. Aquellas turbas se habian divertido, ora viendo presentarse en la arena un monstruoso elefante que bailaba con admirable agilidad sobre una cuerda, ora contemplando como salia otro elefante que en traje de abogado imitaba la actitud de un senador que perora, mientras que por otra puerta del Coliseo, asomaban seis parejas formadas cada una de un macho y una hembra de aquellos gigantescos animales, vistiendo ellos la toga de los caballeros y adornadas ellas de ricas vestiduras de patricias romanas, con cuyos trajes tomaban parte en un convite que les servian otros doce miembros de su misma familia, presentándoles los platos en ricas fuentes y la bebida en copas de oro. Estos juegos iban unidos á los de los gladiadores, entre los que unos, como los *Andabates*, luchaban á caballo con los ojos vendados, otros como los *Essedarios*, combatian subidos en carros, otros como los *Laquearios*, procuraban envolver en un lazo escurrecido á su competidor, y otros como los *Púgiles*, combatian desnudos á puñadas.

Los espectáculos de los gladiadores eran de un carácter tal, que la misma Atenas, á pesar de ser pagana, cuando en la época de la república se le instó para que los autorizase, contestó por boca de uno de sus magistrados: «Debiéramos destruir antes el altar que nuestros mayores erigieron á la Misericordia; y este altar tiene ya mil años de fecha.»

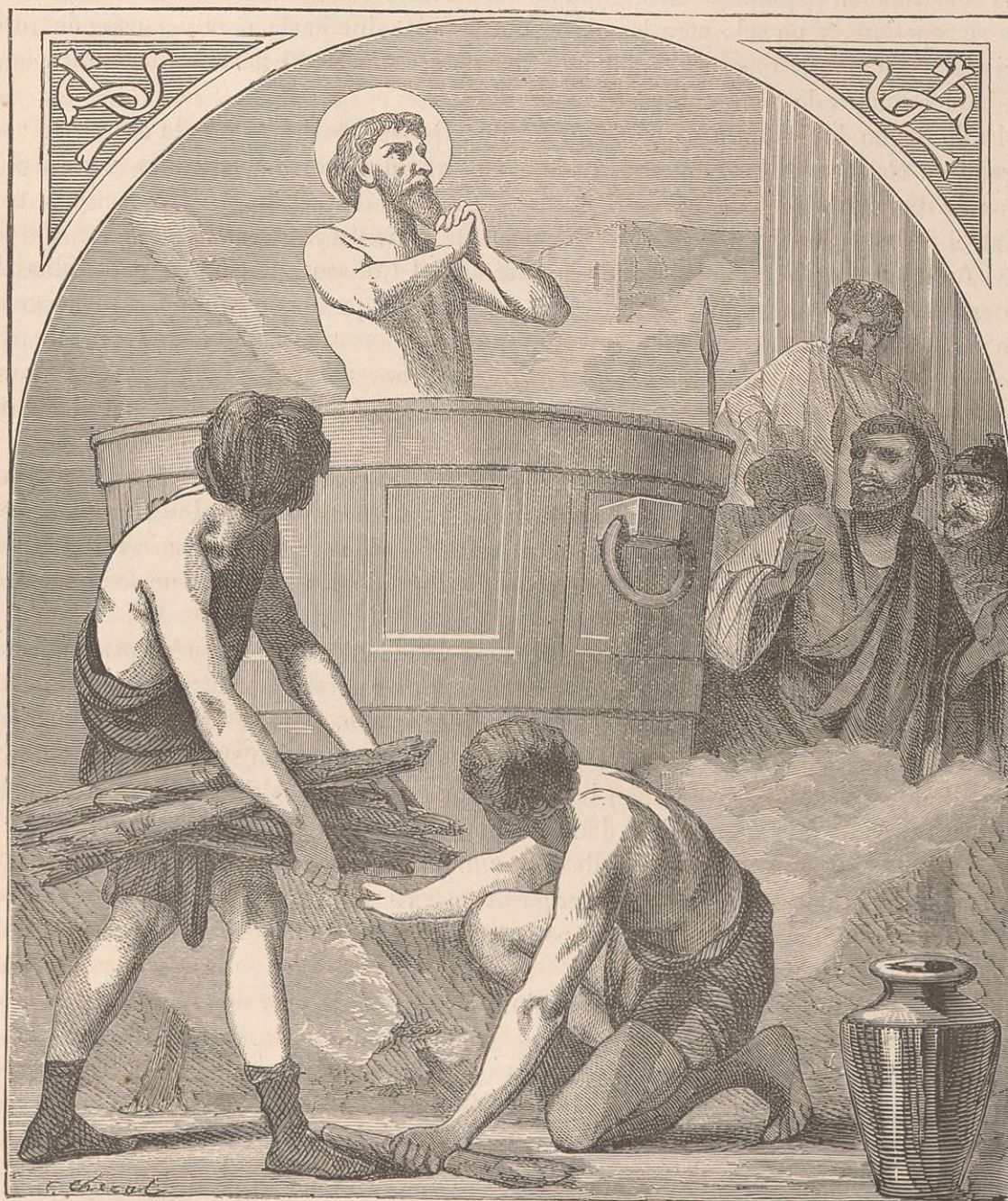
Á no tratarse de un espectáculo de mucha novedad, hasta los mas ávidos de emociones, hasta los mas curiosos, habrian permanecido indiferentes despues de tantas y tan continuadas fiestas, y los hombres mismos de la plebe al llegar la tarde del último día hubieran preferido tenderse á dormir debajo de alguno de los pórticos.

¿Qué nueva diversion era la que se ofrecia? El echar al Coliseo para que fuese devorado por los leones un obispo cristiano.

Para que se comprenda la curiosidad que un hecho semejante habia de escitar, seria preciso que se conociese la extraña idea que el pueblo de Roma tenia de un cristiano.

En aquella Roma que adoraba millares de dioses, el cristiano que profesaba la unidad de Dios era considerado como todo un impío, poco menos que como un ateo. A aquellas sociedades

materializadas, en las que hasta la religion estaba fundada en el materialismo mas abyecto, el cristiano que hablaba de una religion toda espíritu, era un ser extravagante. Para aquellos pueblos egoistas, predicar una religion, toda perdon, toda olvido, toda amor, toda caridad, era un lenguaje extraño que nadie comprendia. En una época en que los dioses solo se buscaban en los tronos, el adorar á un Dios que subió á un patíbulo constituia una excentricidad incon-



MARTIRIO DE SAN JUAN EVANGELISTA.

cebible; en una época en que para subir al altar de los dioses era menester presentarse con una corona de oro, adorar á un Dios coronado de espinas se calificaba de la mas solemne locura.

Para la gran mayoría de los idólatras el cristiano era un mónstruo de osadía que llevaba su atrevimiento hasta insultar la religion de Roma. Los mismos filósofos que no creían en ella, apenas se atrevían á indicar sus dudas á algunas personas íntimas; pero reservándose asistir á los actos del culto, á tomar parte en las ceremonias, á inclinar el incensario como el mas fervoroso creyente. Hasta el incrédulo se doblegaba á la necesidad de ser hipócrita: nadie se

atrevia á arrostrar la indignacion pública oponiéndose al culto del imperio; y esto que nadie se hubiera aventurado á hacer, los cristianos se gloriaban de hacerlo.

Sus *Heterias* ó reuniones se las consideraba como logias ó clubs en donde solo se trataba de subvertir el órden establecido; se referian sobre sus *Agapas* estraños cuentos, que eran tanto mas creidos cuanto que eran mas inverosímiles.

La imaginacion popular se encargaba de dar forma á las mil fábulas que acerca los cristianos se repetian, y no solo para las clases del pueblo, sino hasta para personas de posicion, un cristiano era un sér raro, un fenómeno, llegándose á creer si hasta en su figura se diferenciaba del comun de los hombres.

El solo hecho de presentarse en la arena un cristiano bastaba ya para escitar la curiosidad general. Calificados los cristianos nada menos que de locos, esperábase ver en el Circo escenas de una novedad toda particular, y no faltaba quien creía que los que se atrevian á desafiar el furor de los tiranos estarian dispuestos á batirse contra las fieras.

Así fue que aquella tarde las estensas galerías del Coliseo aparecieron coronadas de espectadores ávidos de disfrutar de la novedad de la fiesta, pudiendo contarse allí hasta ciento veinte mil concurrentes.

Los *Designatores* habian ido indicando á cada clase su *Cunei* (1) respectivo, para que despues los *Locarios* señalasen á cada persona, segun su posicion ó su jerarquía, el puesto correspondiente.

Sobre el *Suggestum* (2) está colocado el dosel imperial en forma de pabellon. A su izquierda se halla el sitio designado al Pretor, y en un lugar de preferencia, bajo dosel tambien, se sientan las vestales que, adornadas con su blanca tela, han sido traidas en lujosas literas al lugar del espectáculo. Allí están ocupando un sitio distinguido los enviados de las naciones extranjeras.

En sus sillas curules, adornadas de esculturas de marfil y oro, se ven los personajes consulares; y hasta los ausentes en servicio del imperio, propretores, procónsules, legados, tienen su sitio que los aguarda aun cuando no hayan de ocuparlo.

El colegio de sacerdotes constituido por Rómulo ocupa tambien su correspondiente lugar.

Tras de los senadores, que llenan las gradas mas bajas, se colocan los caballeros, y mas arriba los padres de familia que han dado á Roma cierto número de hijos.

Ocupan los asientos de piedra llamados *Popularium* apiñadas masas de espectadores, y mas arriba las mujeres que, cubiertas de ténues gasas, ostentando riquísimos aderezos, perfumando la atmósfera con esencias que llevan en pomos de oro, asisten á la funcion con permiso de las personas á que están sujetas.

El suelo resplandece con polvos de minio, de carmin, de oro, con que se disfraza el color de la sangre, y por unos tubos dispuestos al objeto sube hasta los asientos mas elevados un licor odorífero que va á caer en finísima lluvia sobre todo el concurso.

Mientras se aguarda que principie la funcion se tienen conversaciones como las que siguen:

—Al fin ese bonachon de Trajano se decide á dar á esos cristianos el castigo que merecen.

—Ya era tiempo. Pero por fortuna le hemos de agradecer el que los lleve al Circo. Tendremos una diversion mas.

—Y que á Roma le vendrá tanto mejor, cuanto que los gladiadores empiezan ya á agotarse, y los mas de ellos no saben el oficio (3).

—Lo que es los cristianos no se agotarán por ahora, pues es casta que aumenta cada dia.

—Y no dejaremos de tener variedad de espectáculos, ya que cristianos los hay de todas las edades, de todas las condiciones y hasta de todos los sexos.

(1) Local destinado á cada clase social.

(2) Trono del Emperador.

(3) Séneca formula la queja de los romanos contra los gladiadores con aquellas palabras: *Quare tam timide incurrit in ferrum, quare parum audacter occidit, quare parum libenter moritur?*

La plebe se entretenia en sacar á relucir vidas privadas, empleando en la chismografía el tiempo destinado á aguardar que principiase la fiesta.

Otros, que la echaban de conocedores de los secretos del palacio imperial, se entretenian en conversaciones como esta :

—¿Has visto á este que acaba de entrar?

—Es el poeta Cneo Curcio.

—¿Poeta dices? ¿Y hace versos que valgan algo?

—¿Que si hace versos que valgan? Le valen el sentarse á menudo en la mesa del Emperador.

—¿Y qué talento tiene este hombre para hacer versos?

—Tiene el talento de leerlos en los convites, cabalmente en la hora en que ni él sabe lo que lee ni los demás lo que oyen.

—Y todo lo llenaron los aplausos.

—Así es; los aplausos llenan todo el salon del festin, pero es porque el vino ha llenado antes todas las cabezas.

Revestidos de sus blancas clámides, empiezan á llegar los guardias que han de hacer el servicio del anfiteatro.

Nutridos coros llenan los aires, y la música se entretiene en armonías que apenas se perciben entre los gritos atronadores de la muchedumbre que manifiesta su impaciencia á medida que mas se acerca el momento del espectáculo. Aquellos millares de voces confusas se parecen al ruido de un mar agitado por una tormenta. Y en efecto, aquello era una tempestad levantada por el huracan de sangrientas pasiones.

A una señal convenida, como si el Coliseo fuese un inmenso buque, multitud de marineros y mecánicos ocupan la altura del edificio, las antenas rechinan y se adelantan con uniformidad matemática los diferentes contornos del grandioso velario de seda y púrpura bordada de oro que acaba por formar una bóveda tachonada de estrellas.

Se abre la puerta por donde ha de entrar el sentenciado á ser devorado por las fieras. Un hombre aparece, y el robusto Coliseo parece que se conmueve al grito atronador que resuena por todos sus ámbitos de ¡cristianos á los leones!

Cien mil personas se levantan á una impelidas por la curiosidad, inclinándose para ver al mártir. Era la sociedad antigua que saludaba al representante de la sociedad cristiana. Aquel hombre que no iba allí ni á jugar ni á combatir, que iba solo á morir; aquel hombre que se presentaba en el Coliseo sin un arma en la mano, sin miedo en el pecho, sin un rencor en el corazon, sin nubes en el alma, sin remordimientos en la conciencia, solo en la dilatada arena, ante unas fieras hambrientas de carne humana, ante un pueblo de triunfadores y otro pueblo de esclavos, ante un público que se gozaba en ver derramar sangre de un semejante suyo, ante un hervidero de odios, ante un mundo de preocupaciones, era menester que á la majestad de aquel hombre el Circo se inclinara.

Se ve á un varon cargado de años.—Es un viejo,—dicen;— y muchos se figuran que como los infelices tráfugas, los esclavos ó los condenados á muerte, va á ser menester atarle á un pilar donde helado de terror acabará su vida antes de que lleguen las fieras, ó si le dejan suelto, hará un esfuerzo supremo para correr á fin de dilatar su última hora.

Mas ven con sorpresa que con paso mas firme del que pudiera esperarse de su edad, el anciano se adelanta. Al través de su cabeza de nevados cabellos, debajo de aquella frente en que la edad y los trabajos han abierto sus surcos naturales, se ve una mirada llena de animacion. Su semblante está demacrado, es verdad; aquel hombre que ha abierto las puertas de la fe á tantas almas, que ha proporcionado á tantos corazones los tesoros de la caridad hubo de sufrir mucho en una época en que el creer en JESUCRISTO era un gran delito, y un apóstol era considerado como un gran criminal. No obstante aquella fisonomía ligeramente sonrosada por el vehemente deseo de morir por Dios producía la veneracion mas profunda. Á pe-

sar del respeto que inspiraba, se sentía en torno de aquel hombre cierta fuerza de atracción inexplicable; pero al acercarse uno ante él, por un impulso natural tenía que caer de rodillas, tal era el aroma de virtud que junto á Ignacio se experimentaba. Los mismos paganos ven en su semblante algo que no habían visto jamás, algo que el arte no supo ejecutar nunca. La escultura griega pudo reproducir admirablemente semblantes robustecidos por el valor, por el instinto de la patria, ó idealizados por el amor de familia; pero no podía expresar, porque no los había visto, rostros trasfigurados por el espiritualismo cristiano. El pagano que buscaba hasta sus dioses en la tierra, lo sublime no lo conocía. Sin darse cuenta de ello, aquellos gentiles acababan de ver en Ignacio el tipo de lo sublime, porque ya el santo Obispo vivía en unas regiones superiores; allí respiraba la grande atmósfera del alma, allí vivía en la montaña de las grandes verdades, en el cielo de los grandes sentimientos.

Pero aquel pueblo no podía ver todo esto, porque estaba ciego.

La *Cavea*, que era una bóveda ó caseta poco elevada, donde se hallaba la fiera, cerrada con los *ferreis clathris*, ó grifos de hierro, da paso á un corpulento leon.

La trompeta anuncia la aparición de la fiera.

Al rechinar los hierros de la cueva en donde estaba cerrada, al caer sus cadenas, al salir rugiendo, los espectadores se estremecen á pesar suyo.

Era un magnífico leon macho que lucía sobre su cuello y hombros su majestuosa melena, y ostentaba con orgullo su larga cola terminada en una borla de pelo. Adelantándose con feroz andar, con la cabeza erguida y moviendo la piel de su cara y frente, lanza sobre el concurso miradas que estremecen.

Al acercársele, Ignacio se arrodilla.

El mártir está tranquilo. En sus lábios se dibuja un sonrís, que no es el de la indiferencia; es el de la paz que rebose su alma.

Antes de morir, en presencia de aquellas cien mil personas, hace una solemne protesta de su fe.

—Romanos, dice; he sido condenado á las fieras, no por algun maleficio ó algun delito. Dios, á quien tengo un amor el mas entrañable, cumple mi deseo de unirme á Él.

Aquel hombre arrodillado, con la vista fija á lo alto, en medio de aquel circo bañado por la luz del sol que se encaminaba al ocaso y cuyos rayos eran templados por el estenso velo de púrpura, todo contribuía á dar á la actitud de Ignacio el aspecto de una vision celestial.

Cuanto mas sublime era la actitud de Ignacio tanto estallaba con mayor fuerza el furor de los concurrentes.

El feroz leon atizado por la espantosa gritería se arroja sobre el venerable Obispo. Este cae al suelo de una manera tranquila, pero sin los movimientos estudiados del gladiador. ¿Qué le importa la manera como se derriba la puerta del calabozo al que recobra su libertad? Para Ignacio todo se reducía á que su alma pasase á ser libre en el seno de Dios, saliendo de la cárcel de su cuerpo.

La fiera bajo su pesada mole ahoga al mártir, quien pronuncia el santo nombre de Jesús: diríase que Ignacio á Jesús le está viendo; que el Redentor le llama y el mártir le responde.

El numeroso público disfruta con aquella escena. El *pueblo rey*, al complacerse en aquel espectáculo de muerte, se sentía bien representado en el rey de las fieras. La majestad del leon le parecía el reflejo de la majestad de aquella Roma grande por su fuerza: como el leon dominaba por el poder de sus garras, Roma dominaba tambien por el poder de sus espadas. El leon ahogando al mártir parecía á aquellos idólatras el símbolo de Roma ahogando el Cristianismo. ¡Cuánto se engañaban! Era la lucha de la fuerza contra la fe, contra la razon; era la lucha del poder material contra unas ideas, contra unas asociaciones que habían de llenar el mundo. En esta lucha, la razon, la fe, el alma, acaban por vencer siempre. Es la ley providencial de la historia; porque la razon, la fe, el alma valen inmensamente mas que la fuerza bruta. En esta lucha, los sufrimientos de hoy son los triunfos de mañana.



Cuando la sangre de Ignacio cae hirviendo en la arena, cuando ya no se percibe el respirar de su pecho, cuando el león devora los desgarrados miembros, el Circo ofrece un cuadro que hiela de horror. Aquel pueblo se goza en el espectáculo ¿pero hasta qué punto? De una parte se ven millares de rostros desencajados, convulsos por nerviosa risotada que se parece á la de los epilépticos; es la alegría feroz, el placer bestial que les produce la escena; y otros, erizados los cabellos agitan los crispados puños, porque tienen envidia de la fiera, quisieran poder arrebatarse su víctima, quisieran poder hartarse como ella de carne y sangre de un cristiano. Todos se levantan, todos gritan, y en medio de aquellas risotadas y de aquella horrorosa gritería, en medio de aquel cuadro infernal se destaca la figura de las vestales gritando también, palmoteando con furor, sosteniéndose sobre las puntas de sus piés como una legión de furias, caídas ó desgarradas sus estolas, completamente absorbidas en la voluptuosidad de aquella atmósfera satánica. Para ellas, la muerte de Ignacio era una expiación con que se vindicaba la honra de los dioses ultrajada por los cristianos; y en este concepto, Ignacio era la víctima, el león el sacerdote, el Circo el altar, el vapor de la sangre el incienso y los aullidos de aquellas masas el canto que acompañaba la inmolation.

Ignoraban que sangre como aquella que cae de un cuerpo hirviendo de vida, abrasada del calor de la fe, quema los altares en donde se inmola.

Acabado el acto, todos tienen prisa en salir de allí; como si hubiera alguna sombra, algún fantasma que les persiguiese, y se precipitan sobre los anchos y numerosos *vomitórios* (1).

«Esto sucedió, continúan diciendo sus compañeros, el 13 de las kalendas de enero; es decir, el 20 de diciembre, siendo cónsules en Roma por segunda vez Sura y Senecio. Nosotros, testigos del martirio, pasamos la noche en nuestras casas llorando de rodillas, y rogando con insistencia al Señor que nos instruyese y tuviese piedad de nuestras debilidades. Mas tarde, nos dormimos, y después de algunos instantes de sueño, algunos de nosotros vieron al bienaventurado Ignacio levantarse y abrazarnos afectuosamente.»

## VII.

### Las reliquias de san Ignacio.

Mientras esto sucedía en la morada de los compañeros de Ignacio, en el Coliseo tenía lugar otra escena no menos conmovedora.

Nunca el silencio era tan profundo en Roma como la última noche de una larga serie de fiestas. Á la animación más estrepitosa seguía la quietud más completa. El que hubiese recorrido los barrios de Roma en la noche del 20 de diciembre del año 107 habría podido figurarse si era aquella una ciudad deshabitada. Al descubrirse solo aquellos suntuosos edificios proyectando su majestuosa sombra al través de los rayos de la luna, hubiera podido creer si era aquella una capital de solitarios palacios, ó un grandioso cementerio de suntuosísimos sepulcros.

Entre la soledad y el silencio universal, se ven deslizándose misteriosamente á manera de sombras unos seres humanos que parece que se ocultan y como si temiesen ser sorprendidos en aquella quietud general. Han salido del fondo de las Catacumbas y á la luz de la luna se deslizan como fantasmas en dirección al anfiteatro. ¿Qué buscan? Los huesos del mártir son un tesoro que ha escitado su codicia, y esponen su vida para recoger los restos que las fieras han perdonado.

Cuando ricos con su caudal de reliquias logran atravesar el pórtico y la puerta del anfiteatro, otros bultos no menos misteriosos pero que avanzan con paso más menudo, seres de

(1) Puertas del muro exterior para la salida del público.

forma mas ligera se dirigen á los primeros y les interrogan con signos ó con monosílabos. Son las mujeres cristianas que vienen con ricos lienzos, con flores y con aromas á recibir el sagrado depósito que les entregaban.

Sus restos fueron enterrados en las afueras de Roma, para trasladarlos despues en triunfo, en época del emperador Teodosio, á la ciudad de Antioquía.

## VIII.

### San Onésimo.

Despues de cuatro mil años la política humana habia aprendido bien poca cosa. Todo se limitaba á saber que un triunfador era un hombre que sembraba cadáveres por su camino, que las naciones se engrandecian á fuerza de derramar sangre de los hijos de otras naciones. Era por cierto una ciencia bien triste la que se reducía á saber matar. Y sin embargo con la aplicacion de esta ciencia terrible se habian constituido los grandes pueblos.

JESUCRISTO quiere que aquella civilizacion degradada cambie de rumbo. Á la civilizacion del egoismo hará que suceda la civilizacion del sacrificio; sobre aquellas generaciones que no saben sino matar, JESUCRISTO va á establecer generaciones que saben morir. Harto habian hecho los verdugos para estraviar al género humano: si el estraviarle fue obra de los verdugos, el volverle á camino ha de ser obra de las víctimas.

Todo lo que aprendió la civilizacion antigua se redujo á decir: El poder está en las espadas; el secreto de la dominacion se encuentra en las puntas de las lanzas. Los destinos del género humano se discuten matando: esta fue la filosofía política de aquellos tiempos. JESUCRISTO viene á enseñar unos principios completamente distintos. Á aquel que dice: la fuerza de la dominacion está en los verdugos, suya es la tierra, JESUCRISTO opone una teoría completamente contraria que dice: La obra de los tiranos la destruirán los mártires.

Morir para vencer; dejarse sacrificar, nada mas que sacrificar, sin odio, sin deseo de venganza para triunfar; llegar á la conquista del mundo por el camino de las continuas inmoliciones hubo de parecer un procedimiento bien extraño. Entonces se le calificó de locura; hoy la historia de diez y nueve siglos nos dice de una manera harto elocuente que el procedimiento que los gentiles calificaron de locura era una inspiracion celestial. Ello es que los mártires triunfaron de los déspotas, que el sacrificio triunfó de la tiranía, estableciéndose de esta manera un reinado que no cede á la accion del tiempo, que permanece en pié, á pesar de las convulsiones de todas clases.

Aquellos imperios fundados sobre víctimas sacrificadas al poder de sus conquistadores han caido todos. El imperio de Alejandro quedó desgarrado apenas muerto el grande emperador, Roma empieza á descomponerse poco despues de acabarse las conquistas de César; y sin embargo, el imperio de JESUCRISTO, que se establece sin soldados y sin armas, sobre el pedestal de los mártires, subsiste desafiando la accion de los tiempos y la fuerza destructora de las grandes revoluciones.

El triunfar muriendo que al mundo pagano le parecia una locura, á nosotros, alumbrados por la nueva luz que trajo á la tierra JESUCRISTO, nos parece la cosa mas natural. Una idea, una doctrina, una comunión; diremos mejor, una fe que tenga hombres, no ya que acepten resignados la muerte, sino que se sometan á ella con satisfaccion, con alegría, hasta con entusiasmo, ha de acabar por obtener el dominio del mundo. El hombre que está dispuesto á morir con gusto por una doctrina, representa una potencia de una fuerza incalculable.

La experiencia de cada dia nos ofrece el testimonio del contagio de las ideas. Y cuando una idea, ó mejor una fe, no solo es luz que alumbrá un alma, sino que se convierte en ho-

guera que arde en las regiones del corazón; cuando una fe se ama hasta el punto de querer morir por ella, esta hoguera tiene que propagarse á otros corazones.

Esto se verificó de un modo particular despues de la muerte de Ignacio de Antioquía. El martirio vino á ser un deseo, una pasión seductora para todas las almas llenas de la fe en CRISTO.

En aquella época tuvo lugar tambien el martirio de Onésimo.

Era Onésimo un esclavo del amigo de san Pablo, Filemon. Seducido por la codicia, Onésimo habia cometido un robo en la casa de su señor. Al temor de ser descubierto y tratado con la severidad con que se trataba á los esclavos, Onésimo huyó de Éfeso, escondiéndose en Roma, capital que por su gran población, por sus estensas dimensiones, proporcionaba fácil refugio á los que quisieran ampararse en ella para ocultar sus crímenes.

En Éfeso habia podido conocer y tratar á san Pablo. Á pesar de la diferencia de religion, pues Onésimo era gentil, á pesar de su condicion de esclavo, el Apóstol no se desdeñaba de hablar con él y hasta de distinguirle con su afecto y su familiaridad, mientras que por su parte Onésimo tenia de san Pablo la idea mas elevada, pues todas las preocupaciones de la religion pagana que profesaba Onésimo no fueron bastantes á que él no se enamorase del gran carácter, de la portentosa caridad de san Pablo.

Onésimo se encuentra en Roma solo, destrozado por el cáncer del remordimiento. El hombre que se habia habituado á vivir en el abismo de la esclavitud, no sabia habituarse á vivir en el abismo del crimen; tenia fuerzas para soportar las cadenas que le imponia aquella organizacion social; pero no se resignaba á resistir un aguijon eterno en aquella conciencia, que el trato continuo con los cristianos habia puesto á un nivel menos bajo del nivel en que acostumbraba á estar la conciencia de un gentil. Se hallaba en el borde de la desesperacion, cuando se encuentra Onésimo con san Pablo. El encuentro con el ilustre Apóstol, fue para él un hecho providencial; vió en el Apóstol un ángel que le enviaba la Divinidad.

Era imposible encontrarse con san Pablo y no sentir por él la mayor simpatía, no contraer con él la mayor intimidad, no sentirse movido á abrir ante él de par en par el corazón, hasta en lo que en su fondo se esconde mas de las miradas de los hombres. Onésimo refirió á san Pablo el delito que habia cometido.

En la confesion espontánea de una falta hay algo que eleva al hombre sobre sí mismo. San Pablo dejó de ver en Onésimo un delincuente desde el instante en que le contempló reconociendo su culpa. El Apóstol creyó que aquella alma podia subir á las alturas del Cristianismo. Era un esclavo, pero ¿qué importaba? ¿Por ventura el mismo JESUCRISTO no murió en el suplicio de los esclavos? Por mas que el paganismo no le reconociese como tal, ante un apóstol de JESUCRISTO un esclavo era un hombre, y un hombre que como el libre podia invocar en su favor los títulos de una misma redencion, los derechos de una misma inmortalidad.

Despues de la preparacion conveniente, en el dia designado al objeto, Onésimo, el esclavo, el hombre que por su condicion, á consecuencia de las antiguas leyes paganas, se veia marcado con sello de ignominia, el esclavo á quien se vendia en los mercados públicos, á quien se podia azotar en los cubículos, á quien se enviaba á la arena del Coliseo para ser objeto de diversion á Roma, á quien se mataba para que sus despojos pudiesen servir de alimento á las murenas de los estanques, va á ser investido por la religion cristiana con todos los grandes derechos del alma; el esclavo, el gran desheredado de la tierra, va á ser proclamado heredero del cielo; Onésimo, inclinada su cabeza ante el Apóstol, siendo confirmado en el nombre que ya llevaba, con voz robusta y acento lleno de conviccion renuncia á Satanás, á sus pompas y á sus obras, y san Pablo echa sobre su cabeza el agua de la regeneracion en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

San Pablo remite á Onésimo á Filemon con una carta tan llena de ternura y tan elocuente, que hace asomar las lágrimas á los ojos. El mismo cánon de los Libros santos hace mencion de esta carta.

Filemon recibe á Onésimo con los brazos abiertos, le perdona su antigua falta, sobre la que promete echar el velo de un eterno olvido. Hace mas: para Filemon, el que recibió el agua del bautismo no debe gemir bajo el yugo de la esclavitud; el cristiano debe pertenecerse á sí mismo; Filemon rompe las cadenas de su ominosa servidumbre.

Ya no solo Onésimo es hombre, es libre, es cristiano, sino que se le dedica á trabajos de propagacion de la Iglesia. Filemon le envia á Roma para que se ponga á las órdenes de san Pablo. El Apóstol se vale de Onésimo para hacer llegar una carta á los colosenses; el antiguo esclavo se convierte á su vez en apóstol tambien, y en nombre de la Religion que viene á establecer sobre la tierra la verdadera igualdad, sin atender á la triste condicion en que se le habia hallado, se le eleva á obispo.

La antigua ciudad asiática, llamada Éfeso, en la Jonia, la grandeza de cuyos monumentos se manifiesta aun hoy en sus ruinas, le aceptó por su pastor. Allí se distinguió de tal suerte por su celo pastoral, por su acendrada piedad, que el mismo san Ignacio mártir, se constituye en su panegirista. Estimulado por el ejemplo de este ilustre mártir, Onésimo fue otro de los que se ofrecieron gustosos á morir bajo la cuchilla de los verdugos de Trajano.

A tal punto llegaba la pasion del martirio que en aquella época se habia apoderado de los héroes de la fe, que en Asia el procónsul Arrio Antonino, al ver que se agolpaban en su tribunal todos los cristianos de una ciudad para denunciarse en masa y pedir el martirio, no pudo menos de impresionarse hondamente ante aquella escena, y despues de no conceder esta gracia sino á unos pocos, dijo á los demás: «¡Desgraciados! Si tanto deseais morir, teneis las cuerdas y los precipicios.»

En ninguna época de la historia se habrá visto un heroismo semejante. Roma se sintió confundida. Trajano creyó conveniente por entonces suspender la persecucion.

## IX.

### Recrudece la persecucion.

Parece que á Trajano le perseguia la sombra de los mártires que hizo sacrificar.

Su vejez estuvo agitada por grandes tempestades que revelan en el fondo de aquella alma terribles sufrimientos.

Con la imaginacion llena de fantasmas y la conciencia de remordimientos, solo en medio de la grandiosidad de su imperio, porque habian muerto los amigos de su mas íntima confianza, buscaba distraerse en el ruido del campamento, en la gritería del campo de batalla.

En este período el afan de hacer la guerra se convierte en él en una especie de locura.

Entonces fue cuando se acordó que en las márgenes del Bajo Danubio se sentaba un reino semibárbaro, que avergonzaba á Roma cobrando de ella un tributo: «Juro por los dioses, dijo, que conquistaré la Dacia.» Rudos fueron los combates; pero logró su propósito.

Sus victorias junto al Danubio engendraron en él la ambicion de otras victorias junto al Eufrates.

Allí estaban los partos. Estos que habian sido un dia una raza de conquistadores, un pueblo de gente que vivia de la espada, dominadores en todas partes y ciudadanos en ninguna, que arrastraban en pos de sí á los persas, á los caldeos, á los griegos, á los judíos, habian llegado á la mayor decadencia, empleando su actividad en cazas interminables, envileciéndose en continuada orgía, ocupados en revueltas de vasallos poderosos, de combates entre hermanos que se disputaban la corona, en revoluciones promovidas por reyes un dia escarnecidos y otro dia divinizados, á quienes se desterraba hoy para exaltarles mañana.

Habia llegado la época en que los partos eran incapaces de vadear el Eufrates para ame-



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santisima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildelfonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santisimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*o signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbitero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.